

Una visión familiar de Alfredo Pareja Diezcanseco

MIGUEL DONOSO PAREJA

RESUMEN

El escritor Miguel Donoso Pareja confiesa que en su vida existieron dos modelos: el de su padre –hasta reconocer que no era capaz de emular al navegante y matemático–, y el de su tío Alfredo Pareja. Admira al escritor tanto como al ser humano: por su deseo permanente de aprender y la exigencia implacable consigo mismo, cuanto por su vitalidad. Recuerda las visitas familiares, cada semana, de su tío a la Península de Santa Elena; aprobaba en silencio las lecturas juveniles de Donoso, e impuso un quiebre de calidad con *Las mil noches y una noche*. Como estudiante en casa de su abuela materna en Guayaquil, el autor conoció a otro Alfredo Pareja: el de su agitada rutina diaria de escritor y hombre de negocios; visitaba su casa, fascinado por su inmensa biblioteca, a la que tenía libre acceso; poco después, su tío Alfredo iniciaría sus largos años de viajero, y se reencontrarían pocas veces, en Quito, en la década de 1980. El autor concluye la emotiva reseña con una breve síntesis valorativa de la producción de Pareja Diezcanseco.

PALABRAS CLAVE: Alfredo Pareja Diezcanseco, biografía, testimonio, escritores ecuatorianos, Generación del 30.

SUMMARY

The writer Miguel Donoso Pareja confesses that two models existed in his life: that of his father—even as he recognized that he was not capable of emulating the sailor and the mathematician—, and that of his uncle Alfredo Pareja. He admires the writer as well as the human being: for his permanent desire to learn and the implacable demands he made on himself, more so his vitality. He remembers the family visits, each week, of his uncle to the Peninsula of Santa Elena; he approved, in silence, the juvenile lectures of Donoso, and imposed certain standards in *Las mil noches y una noche*. The author got to know a different Alfredo Pareja when as a student he used to visit his maternal grandmother's house in Guayaquil: the busy daily routine of a writer and businessman; he used to visit his house, fascinated by

his immense library to which he had free access. A little later his uncle Alfredo would begin his long years as a traveler and they would reencounter each other a few times in Quito during the 1980's. The author concludes the emotional review with a short synthesis and assessment of Pareja Diezcanseco's output.

KEY WORDS: Alfredo Pareja Diezcanseco, biography, testimony, Ecuadorian writers, The 30's Generation.

UN PRIVILEGIO IMPAGABLE

SIEMPRE CONSIDERÉ UN privilegio haber tratado en términos familiares a un hombre como Alfredo Pareja Diezcanseco, hermano de mi madre, incluso antes de que fuera un conocido escritor y se convirtiera en una especie de gloria de la gens de los Pareja, siempre tan orgullosa, con o sin razón, de sus antecesores, entre los que había, como en cualquier clan que se respeta, de todo: doctores, ignorantes, marinos, poetas, científicos, millonarios de paco-tilla, otros de verdad, uno que otro sinvergüenza, hidalgos (de los de bragueta, hijos de algo, por no decir de otra cosa), mujeriegos. Y un largo etcétera, muy pocos tontos, ningún cura.

Sí es verdad que uno de los Siete Pecados Capitales, es decir de los Pareja y Pareja, que eran siete y así les decían, vaya usted a saber por qué, trajo al país la «naranja china», esto es, la mandarina, que Wenceslao Pareja y Pareja fue asistente de Noguchi en el combate a la fiebre amarilla en el Ecuador, y después jefe de la misión de la ONU en la lucha contra el mismo mal en Brasil y en África, así como poeta segundón de nuestro modernismo tardío, que el doctor Armando Pareja Coronel creó y fundó LEA (Liga Ecuatoriana Antituberculosa), que Guillermo Pareja Rolando («el millonario Pareja») no era millonario pero vivía como millonario, hasta llegar a Alfredo Pareja Diezcanseco, sobre quien José Diez-Canseco (así escribía su apellido; el guayaquileño le quitó el guión), el conocido narrador peruano, le pregunta a Benjamín Carrión: «¿Alfredito Pareja vale? Me alegro. Es primo hermano mío, hijo de una hermana de mi padre. Hasta ahora no me ha enviado nada. Le voy a escribir a Guayaquil». Y días después, tras haberlo leído, opina que *El muelle*, de Pareja, tiene «un quilate artístico elevadísimo» y que su «acierto mayor [...] es la capacidad artística [...] al trazar las figuras de cada uno de sus personajes».

Pero la imagen admirable del tío Alfredo, oída siempre en boca de mis padres, era por la carga que le cayó, siendo el menor de los hermanos y el

único varón, al morir mi abuelo y tener que dejar los estudios y ponerse a trabajar para mantener a su madre y a sus hermanas. Por eso el tío Alfredo hizo solo la primaria. La enorme cultura que llegó a manejar –la que le permitió ser maestro universitario en el extranjero– fue autodidacta.

Nacido en Quito, mi padre fue hombre de acción, hábil para las cosas manuales, así como excelente navegante y matemático. Siguiendo el ejemplo de un hermano mayor, decidió ingresar a la Escuela Naval que, cosa realmente macondiana, funcionaba en Quito.

Luego de servir una temporada en la Armada se vinculó a la Pacific Steam Navigation, compañía inglesa de buques cargueros, y navegó por todos los mares. Este fue el modelo paterno que yo intenté seguir, pero no pude: no me dio el pellejo para lograrlo.

Siendo para mí tan inquietante como un personaje de Conrad, traté de imitarlo en cuanto hombre de acción, pero con otros contenidos, y tras la clandestinidad, la cárcel y el exilio, me di cuenta de que la acción no iba conmigo, peor lo heroico. Tampoco las matemáticas.

Pero me quedaba otro modelo paterno, el tío Alfredo, a quien también quise imitar. Lo admiré (lo admiro) como escritor, es decir por sus novelas, básicamente por *La casa de los locos*, 1929 (en sus inicios vanguardistas junto a Pablo Palacio y Humberto Salvador), *El muelle*, 1932 (en el mejor realismo social), *Don Balón de Baba*, 1939 (primera novela esperpéntica del país), *Hombres sin tiempo*, 1941 (inmersa en el espesor psicológico de los personajes), Los nuevos años: *La advertencia*, 1954, *El aire y los recuerdos*, 1958, *Los poderes omnímodos*, 1964 (novela río y del realismo crítico), y *Las pequeñas estaturas*, 1971 (formalmente la más audaz y moderna de sus narraciones y la de mayor evolución en el país, resuelta en forma esperpéntica). Admiro también la *Historia del Ecuador* y las biografías *Vida y leyenda de Miguel de Santiago* y *La hoguera bárbara*. *Vida de Eloy Alfaro*, así como sus ensayos: *Thomas Mann y el nuevo humanismo*, por ejemplo.

Y su capacidad de trabajo, su organización, su disciplina, su deseo permanente de aprender, la exigencia implacable consigo mismo, su gusto por el buen vino, el guisqui de las seis de la tarde, su generosa manera de enseñar, su afecto y dulzura para un niño con quien le gustaba jugar y zanganear.

EL SER HUMANO QUE YO TRATÉ

Me crié en la terminal marítima de la Anglo Ecuadorian Oilfields, compañía petrolera para la que trabajaba mi padre. Situada junto a La Libertad, en la península de Santa Elena, se llamaba Puerto Rico. Ahí nos daba la empresa una bella casa frente al mar, sobre una lomita –que yo veía de chico como un promontorio– y junto a una quebrada. Siempre que podía llegaba el tío Alfredo a pasar los fines de semana. Gozaba entonces de la playa, se tomaba sus traguitos, jugaba banco ruso y resolvía problemas matemáticos con su cuñado con quien se llevaba muy bien.

Desde muy pequeño, pues, traté a mi tío. Su adoración era su hija Cecilia; Jorge y Francisco, sus hijos varones, no existían aún y, al parecer, yo le caía muy bien, porque me hablaba mucho, me hacía bromas, se reía y jugaba frecuentemente conmigo. A veces compartíamos una hamaca de mocora, colgada en «el corredor chiquito».

Me parece verlo elegante en su sencillez, pulcro, de risa amplia y sonora, buen *gourmet*, puntual, implacable con su siesta, demoledor ante la estupidez, solidario y gran lector, área esta en la que lograba, quien sabe de qué misteriosa manera, que se respetara su tiempo.

En mi casa, en cambio, solo leía mi papá, pero revistas en inglés –*True Detective*, una especie de la *Extra* en papel *couché* y a colores, por ejemplo, o *Reader Digest*, la obviedad de cuyo nombre la evidencia–, y yo, orientado por un vecino adulto –el ingeniero Homero Dávalos– que era un vicioso de la literatura infanto/juvenil: Salgari, Sabatini, Julio Verne, Karl May, Miguel Zévaco, Paul Febal, Dumas padre, Kipling, etcétera. Al mismo tiempo, yo imitaba a mi tío, y éste observaba mis lecturas sin decir nada, aprobándolas con su silencio. Hasta que un día me vio leyendo algo de Hugo Wast, creo que *Flor de durazno* (yo tenía once años), y se indignó: «No leas eso», me dijo, «apenas llegue a Guayaquil te mando un libro que te va a gustar». Y me envió *Las mil noches y una noche*, el original para adultos, traducción del doctor Madruz y versión castellana de Blasco Ibáñez, un libro endemoniadamente (¿celestialmente?) erótico que yo gocé con cuerpo y alma.

EL OTRO LADO DE LA MONEDA

Para que iniciara mis estudios de secundaria me enviaron a vivir con mi abuela materna, a Guayaquil. Entonces conocí a otro Alfredo Pareja, el de su agitada rutina diaria de escritor y hombre de negocios.

Iba todos los días a visitar a su madre, Amalia Diezcanseco viuda de Pareja, «la abuelita», de manera que yo lo veía siempre. Me encantaba ir a su casa, atraído por su deslumbrante biblioteca, la primera de esa magnitud que veía en mi vida, a la que tenía libre acceso.

Fue el descubrimiento deslumbrante de un mundo sin límites: todos los arcanos de la vida y de la muerte estaban ahí, hasta que descubrí que no se trataba de un mundo de respuestas sino una sucesión para siempre de preguntas. En *Thomas Mann y el nuevo humanismo* (1956), refiriéndose al protagonista del *Doctor Faustus*, que había hecho pacto con el diablo, Pareja lo explica así: «Mientras más se conoce, más misterios por descubrir, mayor audacia que ejercer para lanzarse a la conquista de lo inverosímil y lo incierto, que será después lo verosímil y lo cierto. Pero el peligro subsiste, aun a luz de toda ciencia moderna, pues el demonio alumbra y oscurece, como el relámpago nocturno [...]».

Ese año fui testigo de otros aspectos de la personalidad de mi tío, que también intenté imitar, lográndolo a medias: disciplina y puntualidad (rasgos que caracterizaban también a mi padre), responsabilidad y afecto hogareños, energía y vitalidad para el trabajo (*ídem*) y defensa, como un área sagrada, de sus horas diarias de escritura, las que siempre le fueron insuficientes según se queja en *El duro oficio* cuando dice que su peor insatisfacción fue «no tener tiempo para escribir». Es que ese «ocio creador» o «trabajo liberado» siempre es y será poco.

De ahí en adelante el tío Alfredo viajó mucho. En una de esas idas me regaló un apreciable lote de libros de su biblioteca. Como algunos eran en francés, esos me los decomisó «el millonario» Pareja, quien dominaba ese idioma.

Alfredo Pareja vivió fuera del país, igual que yo; nos vimos poco, me hizo varios favores de distinta índole, como siempre, hasta que a comienzos de la década de los ochenta del siglo XX nos reencontramos en Quito (algunas tardes lo visitaba para el guisquisito de las seis); luego viví en España y finalmente me radiqué en Guayaquil.

Alfredo Pareja murió en 1993, en Quito, dejándonos un importantísimo legado literario, como veremos a continuación.

ARREPENTIDOS COMPAÑEROS DE RUTA

El narrador y poeta chileno Hernán Lavín Cerda destaca que Pablo Palacio «es uno de los grandes desconocidos de la literatura continental, cuyo genio creador ha pasado injustamente inadvertido; se anticipó más de treinta años a los ‘hallazgos’ de la novelística de los 60; y es un adelantado, un precursor de la literatura latinoamericana imaginativa, crítica, fantástica, absurda, irónica, suprarreal que se escribe hoy».

Por su parte, María del Carmen Fernández, investigadora española de la literatura, menciona en su libro *El realismo abierto de Pablo Palacio (en la encrucijada de los 30)* a dos autores ecuatorianos cuya escritura inicial tomó la misma línea vanguardista y subjetiva que Pablo Palacio, Alfredo Pareja Diezcanseco con *La casa de los locos /novela escrita para agotar la paciencia de cualquier lector i dedicada a los niños i a los viejos de mi Patria infantil* (1929), de muy buena calidad y cuyo subtítulo evidencia su tesitura narrativa; y Humberto Salvador, con *Ajedrez* (1929) y *En la ciudad he perdido una novela* (1929). Tanto Pareja Diezcanseco como Salvador optaron finalmente por el realismo social, línea predominante en esos años, el primero con *El muelle* (1932) y el segundo con *Camarada* (1933).

EL MUELLE

El muelle, de Alfredo Pareja Diezcanseco, es una de las más bellas novelas de nuestro realismo social. Fernando Diez de Medina, refiriéndose a su aparición, expresa: «América ya tiene novelistas: Eustacio Rivera, Rómulo Gallegos, Ricardo Güiraldes y Pareja Diezcanseco».

De esta manera Pareja nos situó en «lo mejor del realismo social», anticipando incluso algunas de las virtudes que lo llevarían a una evolución siempre ascendente en la profundización de su organización discursiva, desde *Don Balón de Baba* (1939), hasta *Las pequeñas estaturas* (1971), su incorporación más válida y lograda a la actualidad narrativa latinoamericana, como lo señalé en *Los grandes de la década del 30* (1984).

ITINERARIO DE UNA EVOLUCIÓN SOSTENIDA

Alfredo Pareja Diezcanseco deja ver, desde 1939, un proceso orgánico e incesante de modernización, un «aceleramiento evolutivo» que desemboca en una de las mejores novelas del desarrollo narrativo del país: *Las pequeñas estaturas*.

En efecto, con este libro Pareja culmina un recorrido narrativo que, seguro y sin aspavientos, venía dándose de manera nítida desde 1939, cuando publicó *Hechos y hazañas de don Balón de Baba y de su amigo Inocencio Cruz*, texto en el que aborda el humor, por un lado y algunos elementos de lo esperpéntico, por el otro.

De este modo cerraba su ciclo del realismo social –*El muelle* (1932), *La Beldaca* (1935) y *Baldomera* (1938)– y tomaba un nuevo impulso novelesco que después de *Don Balón de Baba* se encaminaría, vía la interiorización de sus personajes –*Hombres sin tiempo* (1941)– hacia el realismo crítico y luego, retomando y puliendo su incursión esperpéntica inicial, llegaría al punto más alto de su narrativa, *Las pequeñas estaturas*, que es, a mi entender, un importantísimo logro en la madurez de nuestro relato y el resultado de una «aceleración evolutiva» que en Pareja es claramente observable.

Al inicio de estas notas me referí a la evolución narrativa del tío Alfredo entre *Don Balón* y *Las pequeñas estaturas*. Por oportunidad de ubicación, ahora la reitero en el orden que sigue: *Hombres sin tiempo*, 1941 (inmersa en el espesor psicológico de los personajes), y Los nuevos años: *La advertencia*, 1954, *El aire y los recuerdos*, 1958, *Los poderes omnímodos*, 1964 (novela río y del realismo crítico).

LOS SODALIOS (¿SOLITARIOS O SOLIDARIOS?)

En *Las pequeñas estaturas* lo esperpéntico se da, según lo subraya Vladimiro Rivas Iturralde, «en la conformación de los personajes que son deliberadamente manejados desde afuera: títeres, muñecos rumberos o piojos [...] apenas signos con conciencia de serlo».

En otra dimensión (y cito nuevamente a Rivas) *Las pequeñas estaturas* es «[...] una de las primeras novelas ecuatorianas que llaman la atención sobre sí misma, sobre su propio lenguaje», cuyas estructuras formal y de contenidos se resuelven como construcciones verbales autónomas.

Por eso los sodalios son en la novela de Pareja seres esperpénticos que no encajan en una sociedad que flota sin raíces que los justifiquen, pero son a la vez, en su dimensión verbal misma, una fusión de la soledad (por exclusión) y de la solidaridad (por sus anhelos).

Eso fue (es) Alfredo Pareja (el tío Alfredo), un sodalio, solidario y solo –en el sentido de inicio– al mismo tiempo. ♦

Fecha de recepción: 04 agosto 2008

Fecha de aceptación: 19 septiembre 2008